

3

**EL PREMIO
DEL BIEN HABLAR.**

PERSONAS.

Leonarda, dama.

Don Juan de Castro.

Don Antonio, viejo.

Martin, lacayo.

Don Pedro.

Angela, dama.

Feliciano.

Ramiro, huesped.

Rufina, esclava.

Camilo, criado.

Lo Escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALÁ EN CASA DE DON ANTONIO.

Leonarda y Rufina.

Leonarda.

¿Doblaste el manto?

Rufina.

Ya vengo
de quitarte ese cuidado.

Leonarda.

¿Dijiste, Rufina, á Hurtado,
que á la tarde salir tengo?

Rufina.

Ya, señora, lo prevengo
de que has de ver á doña Ana.

Leonarda.

¿Qué de juventud villana,
que nos esperaba enfrente!

Rufina.

Servir pudiera de puente
desde Sevilla á Triana.
Mas si en toda la ciudad
no hay tu talle, ¿qué te admira?

Leonarda.

Mas presumo yo que mira
del oro la cantidad:
dineros son calidad,
dijo el cordovés Lucano;
porque esto de padre indiano

mueve mas la juventud ,
 que á la nobleza y virtud
 pocos estienden la mano.
 ¿ No estaba don Pedro allí
 aquel mi gran pretendiente ?

Rufina.

Aquel necio maldiciente
 de su hermano entre ellos vi.

Leonarda.

¡ Lo que hablaria de mi
 toda aquella mocedad
 con su necia libertad !

Rufina.

Allí estaba un caballero ,
 al parecer forastero ,
 con mas seso y gravedad.

Leonarda.

En ninguno reparé ,
 por si estaba allí mi hermano.

Rufina.

No estaba allí Feliciano ,
 que uno à uno los miré ;
 pero el forastero fue
 quien me pareció mejor. *Ruido dentro.*

Leonarda.

Parece que oigo rumor ,
 y cerca de nuestra casa.

Rufina.

Como esto en Sevilla pasa :
 abre ese balcon , Leonor.

ESCENA II.

*Dichas, don Juan y Martin con las espadas desnudas
y las capas reueltas.*

Don Juan.
Entra, y donde quiera sea.

Leonarda.
¿Jesus!

Don Juan.
No os alboroteis.

Rufina.
¿Cómo no? ¿Qué pretendéis?

Leonarda.
¿Quién habrá que a questo crea?

¿Hasta mi estrado os entráis?

¿Ola?
Don Juan.

Si en venir huyendo
de la justicia os ofendo,
vuestro respeto agraviais;
casa tan noble me ha dado
licencia, y no me engañe,
pues donde un angel hallé,
¿quién duda que fue sagrado?
Mandad que cierren la puerta.

Leonarda.
Rufina, corre.

Rufina.
Ya voy.

Leonarda.
Menos alterada estoy.

que estuve de veros muerta.
No cierren la de la calle;
porque será dar sospecha.

Vase.

hay en España tres partes, vos
 Galicia, Vizcaya, Asturias;
 ó ya montañas se llamen.
 ¡Qué turbado estoy, pues digo
 en ocasión semejante
 cosas que os importan poco!
 No os espanteis, perdonadme,
 que por Dios que no me turban
 pendencias ni enemistades;
 el templo sí, y en su altar
 la belleza de su imagen.
 ¿Qué os importa á vos saber
 que descienda de la sangre
 del conde de Andrada y Lemos;
 y que la causa dilate
 de la presente desdicha,
 que os ha obligado á escucharme
 en vuestro mismo aposento,
 donde el sol fuera arrogante?
 Sabed, que vine á Sevilla
 huyendo (mirad que alarde
 de fortuna) porque á un hombre
 castigué la lengua infame.
 Hablaba mal de mugeres,
 y yo que he dado en preciarme
 de defenderlas, no pude
 sufrir que tan mal hablase.
 Pasarme quise á las Indias,
 que dos heridas mortales
 ya le tendrán bien seguro,
 que mal de mugeres hable.
 Llegué á Sevilla, y la flota
 (como veis) aun no se parte;
 entretanto me entretienen
 caballeros y amistades;

Don Juan.

Que no fue cosa mal hecha
os dice mi traje y talle.

Martin.

Señora, si solo fuera
quien de esta manera entrára,
no es mucho que os espantara,
y mala sospecha os diera;
pero don Juan, mi señor,
abona el haber pisado
las barandas del estrado
de vuestro heróico valor;
amparadle, pues oisteis
que su imágen os llamó.

Sale Rufina.

Ya la gente que os siguió
no sabe por donde fuisteis:
toda en efeto se fue,
y la calle está segura.

Don Juan.

¡A tal templo de hermosura,
buscando amparo llegué!
Yo soy, gallarda señora,
(como ya os lo dice el traje)
forastero de Sevilla,
corona de las ciudades,
que en España, en toda Europa
gobierna el Rey, que Dios guarde;
que, como naturaleza
es de todos patria y madre:
nací en Madrid, aunque son
en Galicia los solares
de mi nacimiento noble,
de mis abuelos y padres.
Para noble nacimiento

hoy vine á la Magdalena,
 y como algunos hallase
 á la puerta, me detuve,
 que ellos gustaron de honrarme.
 No salió muger de misa,
 á quien un don Diego, un aspid,
 helado para gracioso,
 para hablador ignorante,
 no infamase en las costumbres,
 no desluciese en el talle,
 no afease en la hermosura,
 no descubriese el amante.
 Palabra no les decia
 que el alma no me pasase,
 que cuando se habla en corrillos
 no es afrenta que se hace
 al ausente que no la oye,
 sino á los que estan delante;
 porque es tenerlos por hombres
 que gustan de infamias tales,
 y hablar mal de los ausentes,
 afrenta los hombres graves.
 Salió una señora Indiana
 con dueña, escudero y page,
 y en viéndolo se tapó,
 dejando caer la márgen
 del manto al pecho, en lo negro
 luciendo cinco cristales.
 Como cuando el sol hermoso
 por nubes opuestas sale,
 así de sus ojos bellos
 luz por las puertas de Flandes
 pero no templó su lengua,
 que luego dijo: "¿qué trate
 » mi hermano por interes

me trujo la nobleza de su amá
de mil colores y oro, y la he leido,
con que tambien estuve entretenido,
como con los donaires del Parnaso,
del Orfeo, del nuevo Garcilaso.

Es tanta, finalmente, su belleza;
que puede competir con su nobleza.
Vino, Martin, tras esto la comida
guisada de la dama defendida,
con tal regalo, olor, gusto y aseo,
que solo le ha faltado á mi deseo
el postre que te dió la mulatilla.

Martin.

¡Qué bizarra es la gente de Sevilla!
¡qué liberal! ¡qué limpia y generosa!

Don Juan.

¿No es Leonarda discreta, no es hermosa?

Martin.

¿Cómo discreta? Ciceron, Cervantes,
ni Juan de Mena, ni otro despues, ni antes
no fueron tan discretos y entendidos;
es un harpa templada en los oidos,
es sentencia en favor por el Consejo;
consonancia en cristal de vino añejo,
son de doblon en mesa ó plata doble,
cortés respuesta de persona noble,
ruido de arroyuelo ardiendo Febo,
soneto de don Luis, Seneca nuevo;
con hambre los totreznos que se frien,
con tercianas las fuentes que se rien,
ó mas sonoro que en la espada suele,
de los que azotan á quien no le duele,
ó en un falso testigo ó alcabueta
el eco de la solfa de baqueta;
pues en llegando á hablar de la hermosura,

Diana es fea , Filomena oscura ,
 la doncella de Francia , y la doncella
 de Dinamarca , nones son con ella ,
 porque el sol es muy lindo , y nos enfada
 por los caniculares , y esta agrada.
 Quedembnos aquí , pues has topado
 las Indias sin la mar , que tú embarcado
 irás á tu aposento con Leonarda ,
 y yo con la mulata que me aguarda
 en mi pajar sin larga las escotas ;
 porque si aquí se encierran treinta flotas,
 ¿ qué es menester buscar mayor tesoro ?
 que aun esta esclava , si la vendo , es oro.

Don Juan.

Como piensas, Martin, lo que has soñado,
 bien parece que en paja te has echado.

Martin.

Si , mas no la he comido , que me dieron
 naranjas que la cólera rompieron ,
 un pernil con las hebras como grana ,
 que abriera á un hipocóndrico la gana ;
 y á estar hecha en figura mas perfeta ,
 de un cardenal pudiera ser muceta :
 una áve enamorada...

Don Juan.

¿ Enamorada ?

Martin.

De tierna , derretida , y bien asada.
 Hubo su rabanito , oliva y queso ,
 que pudieran venderme por el peso ;
 con esto y diez tragadas de Cazalla ,
 dije poniendo aparte la tohalla ,
 los ojos ya del buen licor testigos ,
 mulata , ¿ dónde están los enemigos ?

Don Juan.

¡Ay, Martín, como todo me alegrára
si en Madrid á doña Angela dejára!
pero ver que es mi hermana, y que afligida
ha de estar del peligro de mi vida,
no me permite gusto ni contento.

Martín.

Quedo; que está Leonarda en tú aposento:

ESCENA XI.

Dichos; Leonarda y Rufina:

Leonarda.

¿Habreis pasado muy mal
de aposento y de comida?

Don Juan.

No la he tenido en mi vida,
hermosa señora, igual.

Leonarda.

Dar un palacio real
á vuestro valor quisiera.

Don Juan.

Ménos á mi intento fuera:
por ser de esclava le alabo,
que siendo yo vuestro esclavo
me disteis mi propia esfera.
Vine á mi centro en venir
donde vuestra esclava vive;
parece que me aperecibe
de que os tengo de servir:
si aquí os puedo ver y oír
toda mi ventura encierra,
todos mis males destierra;
porque despues de no estar

en el cielo , no hay buscar
 mayor descanso en la tierra :
 ¿ pero qué ha de ser de mi ,
 ya que en tal lugar estoy ,
 si en siendo noche me voy
 de aqueste dia en que os vi ?
 si tan presto el bien perdí
 fímera fue mi ventura ,
 no es bien el que poco dura :
 ¿ mas quién , señora , pensára
 que mis contrarios vengára
 vuestra divina hermosura ?
 Cual es el muerto no acierto ,
 bella Leonarda , á juzgar ;
 si el no veros me ha de dar
 la muerte , yo soy el muerto :
 pensé que llegaba al puerto
 de mis desdichas , y llego
 donde á la muerte navego
 con tal tormenta y rigor ,
 que quiere anegar amor
 el alma en un mar de fuego .
 ¿ Qué hice yo á vuestros ojos
 que vengan mis enemigos ,
 cuando los hice testigos
 de mis lágrimas y enojos ?
 juzgareis que son antojos ,
 decirme que me desalma
 amor que me tiene en calma ;
 pero vuestra discrecion
 sabe que la obligacion
 abre las puertas al alma .
 Primero os amé que os ví ;
 ¿ quién vió tan nuevo obligar ?
 y no lo podcis negar ,

pues sabeis que os defendí :
 mirad como merecí
 favores antes de veros ,
 pero fue para perderos ,
 pues en viéndonos los dos ,
 no me defendí de vos ,
 aunque supe defenderos .

Leonarda.

Señor don Juan , si ténéis
 determinado partiros ,
 mal podré yo persuadiros
 contra lo que vos quereis ;
 y basta que me dejéis
 con tantas obligaciones ,
 sin decirme estas razones
 para mas pena y dolor ,
 que no le detiene amor
 á quien deja las prisiones .
 Defenderme antes de verme
 no fue amor , nobleza fué ,
 ó condicion vuestra en fé
 de obligarme y conocerme ;
 pero si fue defenderme
 nobleza , nobleza fue
 el haberos defendido ;
 con que direis con razon
 que cumple su obligacion
 beneficio agradecido :
 vos os vais porque quereis ,
 y algun deseo llevais ,
 pues porque quereis os vais ,
 cuando quedaros podeis ;
 al peligro anteponéis
 el angel que en la posada
 debe de estar lastimada ;

mirad que estraños desvelos ,
que os estoy pidiendo celos
sin amor ni ser amada.

Dicen que la enfermedad
tiene la espada desnuda ,
cuando está la vida en duda ,
y en mí el ejemplo mirad :
á matar la libertad
la espada desnuda entrastes ,
aunque piadosa me hallastes ;
pero el efecto que hicistes
no os lo dije , pues os fuistes ,
con mas prisa que llegastes .

Id en buen hora á buscar
esa dama venturosa ,
que estará tan cuidadosa
como me habeis de dejar ;
mirad si quereis llevar
alguna cosa de aquí ;
que os aseguro que fui
dichosa en que luego os vais ,
porque si mas os tardais ,
me llevarades á mí .

Don Juan.

Leonarda , si yo me voy ,
es por no daros enfado ,
que del ángel lastimado
legítimo hermano soy ,
y el favor que me dais hoy
en el alma le imprimí :
bien quisiera estar me aquí ,
si tuviera atrevimiento ;
porque este humilde aposento
fuera cielo para mí .

El cuidado de mi hermana

confieso que me le dá.

Leonarda.

¿Qué es vuestra hermana?

Don Juan.

No está

lejos, sabedlo mañana.

Martin.

¿Para qué andais con rodeos,
donde se ven los enojos,
pues por la boca y los ojos
andais trocando deseos?

Pensad la partida bien,
que él se muere por no irse,
y tú (si puede decirse)
porque se quede también.

Por lo menos, ya que fuese
prision esta voluntad,
hasta saber la verdad,
responde, á prueba, y estése.
¿Ea, qué os estais mirando?

Don Juan.

Por mí yo me quedo aquí.

Leonarda.

¿Y yo qué diré de mí?

Martin.

Di, que lo estás deseando.

Rufina.

¿Y él no tiene hermana allá?

Martin.

No, perra..... perla queria
decir, que tú lo eres mía.

Rufina.

Tu hermano ha venido ya.

Leonarda.

Salgamos del aposento,

y cierra tú:

Don Juan,

A Dios.

Leonarda.

A Dios.

Rufina.

¿En fin se quedan los dos?

Leonarda.

O es amor, ó atrevimiento.

ESCENA XII.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Leonarda y Feliciano.

Feliciano,

¿Leonarda, señora mia?

Leonarda.

¿Cuánto me alegro de verte!

que me has tenido con pena

de ver que tan loco fueses

á acompañar otro loco.

¿Qué ha sucedido? ¿qué tienes?

¿habeis hallado por dicha

al forastero valiente?

¿mas que le habeis muerto?

Feliciano.

Ya
soy el que vengo á la muerte.

Leonarda.

¡Ay cielos! ¿estás herido?

¿dónde? ¿cómo?

Feliciano.

Espera, tento,
que es una herida invisible,

de que sola el alma muere.

Leonarda.

¿El alma puede morir?

Feliciano

¿De amor, hermana, no puede?

Leonarda.

¿Pues tú sabes qué es amor,
qué con gusto indiferente
á ninguna quieres bien,
y dices, que á todas quieres?

Feliciano.

Como yo pienso, Leonarda,
que mi dinero pretenden,
guardo el alma, y doy la bolsa,
que es lo que ellas apetecen.

Dijéronnos la posada
de aquel don Juan, y cual suelen
romper los ayres los rayos,
fuimos á cal de la sierpe,
entramos, pensando hallar
prendas de don Juan, y en frente
estaba un retrato suyo,
con alma entre viva nieve.

Una doña Angela, un ángel,
claro está, pues lo parece,
con unas lágrimas tristes,
que hicieran la noche alegre.

Las lágrimas te encarezco,
para que por ellas pienses
cual deben de ser los cielos,
que tales lágrimas llueven.

Pero si llorando, y tristes
nombre de cielos merecen,
¿qué serán con alegría
ojos que tal gloria tienen?

Abrió por medio un clavel,
 ya quisieran los claveles
 tomar las perlas que ví,
 y dijo en razones breves
 la desdicha en que se hallaba.
 Hábléla yo tiernamente,
 que no supo á tanto sol
 el corazon defenderse,
 pesó á perlas mis palabras
 enternecida de verme
 de su parte en su desdicha;
 que á veces, Leonarda, mueve
 al llanto en las desventuras
 el ver que alguno las siente.
 Prometí darla favor,
 don Pedro enojóse, y fuese;
 y aunque yo tambien me fuí,
 diré la verdad, quedéme.
 Dí para regalos de hoy
 cincuenta escudos al huésped,
 que llevaba en un bolsillo.
 Con esto he venido á verte,
 porque sepas que don Pedro
 puede buscar quien le vengue;
 porque yo pienso, Leonarda,
 (y riñeme como sueles)
 tener el ángel que digo
 por mi dueño para siempre.

Leonarda.

Lo que yo pienso reñirte,
 (pues sabes que las mugeres,
 de ver otras en desdichas,
 se lastiman facilmente)
 es que á persona tan noble
 esa miseria le diese,

cuando le dabas el alma.

Feliciano.

Razon, mi Leonarda, tienes;
 mas no ves que las que pesan,
 por miedo de los fieles
 á lo principal añaden
 otra cosa diferente:
 así al alma puse el oro,
 no porque valor hubiese,
 pero por cumplir el peso,
 aunque me pesa de verme
 en peso tan desigual,
 si bien es un tiempo aqueste,
 que á peso del oro hay almas,
 y almas que por él se pierden:
 ya lo di, corrido estoy.

Leonarda.

Poco el oro me parece
 para contrapeso de alma.

Feliciano.

No tuve mas, ¿qué me quieres?

Leonarda.

En tal ocasion, hermano,
 y mas si amor te enloquece,
 era lo cierto decir,
 como hombre cuerdo y prudente,
 yo tengo en casa una hermana,
 que en esta ocasion os puede
 tener consigo, entretanto
 que este negocio remedien
 ruegos, dineros, y amigos.

Feliciano.

¿Luego si yo la trugese,
 la tendrías tú contigo?

Leonarda.

¿Eso dudas? ¿luego entiendes
que tengo el alma de piedra?
Iré por ella, si quieres,
y si hay lugar en tristezas
le diré lo que mereces.

Feliciano.

¡Ay Leonarda de mis ojos!
á tus pies quiero atreverme
á pedirte que me obligues,
y que esta dama consueles.
Haz poner el coche, y parte
á la calle, que parece
que estando á los pies de un Angel,
entónces fué de la sierpe.
Toma mi hacienda, mi vida,
como sola èl alma dejes;
y esto porque no la tengo.

Leonarda.

Llama, Rufina, esa gente,
hoy que el Angel de mi hermano
el coche en oro convierte.

Rufina.

Basta que estais dos á dos.

Feliciano.

¡Ay, Angela, si te viesen
en esta casa mis ojos!

Leonarda.

¡Ay, don Juan, cuanto me debes!

Rufina.

¡Ay Martin! si á mi color
tal san Martin le viniese.

ap.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Don Juan y Martin.

Martin.

Parece nuestra historia encantamento.

Don Juan. *

No lo parece, si lo es.

Martin.

Al dia

abre las puertas con dorado aliento
la bella Aurora que las flores cria.

Don Juan.

Estaba (como digo) en mi aposento,
cuando la noche el filo igual tenia
en la balanza con que pesa estrellas,
mas triste que ella suele estar sin ellas.
Pensaba solo en mi querida hermana,
cuando oigo abrir la puerta, y que Rufina
me dice, que Leonarda mas humana
hablarme en su aposento determina:
voy tras la esclava como sombra vana,
mira tú con que luz mi error camina,
y asido de su enfaldo á escuras llevo
á la esfera bellissima del fuego.
Una bujia en una cuadra ardía,
y con vislumbre trémula enseñaba
lo que en la cuadra bien compuesta habia,
que una cama de seda y oro estaba;
el ambar de aire en viento le serbia,

que por las cuatro partes respiraba!
 allí yo te confieso que suspenso
 llegar mi dicha por la posta pienso.
 ¿Qué os deteneis? (me dice la mulata)
 corred, cobarde, esa cortina luego,
 y descubriendo un cielo de oro y plata,
 de una hermosa muger me abrasa el fuego:
 yo cuando pienso que Leonarda trata
 de algun yerro de amor que es siempre ciego,
 conozco que es doña Ángela mi hermana,
 y fuese en humo mi esperanza vana.
 ¿Qué es esto (dije), dulce hermana mia?
 y como con su rostro me juntaba,
 sentí que huésped en la cama habia,
 que Leonarda de celos suspiraba.
 Martin, yo te confieso el alegría,
 que ver mi hermana en tal lugar me daba,
 pero que en parte me pesó, pues creo
 que fuera mas dichoso mi deseo.
 Despues de hablar con ella mas de una hora,
 ¿cómo, le dije, este lugar tomaste,
 pues era de Leonarda mi señora?
 ¿tan presto el noble termino olvidaste?
 Mandóme (respondió) mudarle agora
 para poder hablar cuando llegaste;
 pasa de la otra parte, porque puedas
 agradecer lo que obligado quedas.
 Yo escucho desde aqui, dijo Leonarda;
 y detíveme yo cobardeamente:
 pero ella, presumiendo de gallarda,
 remitió su temor á su accidente;
 fingió que el animal, el que acobarda
 mas las mugeres, se atrevió á su frente:
 ya ves con qué donaire fingiria
 el miedo, que era entonces osadia.

por tales bienes , los mayores males ;
 no ha sido el sueño de mi bien testigo ,
 que apenas en los fúlgidos umbrales
 del cielo puso el pie la blanca aurora ,
 cuando me halló como me ves agora.

Martin.

¡ Suceso extraño , y último sosiego
 de tu temor ! Mas breve fue mi historia ;
 por la mulata á la cocina llevo ,
 que andaba en esos pasos de tu gloria ;
 dormía echado en el umbral del fuego
 un mastin que pudiera andar la noria ,
 siento roncar , y paso á paso aplico
 la humilde boca al temerario hocico :
 pero apenas la boca en él repara
 que olía á pepitoria , y no á camuesas ,
 cuando ladrando me agarró la cara ,
 y en los carrillos me estampó las presas ;
 pues luego mi fortuna en eso para ,
 quiero correr , tropiezo en dos artesas ,
 y doy en la espetera con la frente ,
 despertando los gatos y la gente.
 Cual me salta á la cara , cual me agarra
 por una pantorrilla , pierdo el tino ,
 muero en el puerto , y sin hallar la barra ,
 por embocar la puerta desatino :
 ¿ qué galgo con cencerro ó con guitarra ,
 sacudiendo la cola , huyendo vino
 por las carnestolendas , como salgo ?
 Las manos dejo , y de los pies me valgo .
 Pero ya que salí de la cocina ,
 huyendo del ladrante seguimiento ,
 por ir al aposento de Rufina ,
 de las conservas hallo el aposento .
 O bien haya , don Juan , la luz divina

de cuanto vive lustre, y ornamento,
pues con ella á tus ojos he llegado,
oloroso, mordido y arañado.

Don Juan.

Gente sueña, aqui te esconde,
hasta que sepas quien es.

Martin.

¿Tengo de hablarte despues?

Don Juan.

Mi soledad te responde.

Martin.

Muy bien te puedes estar,
que es Leonarda mi señora.

ESCENA II.

Martin y Leonarda.

Leonarda.

¿Martin?

Martin.

Pareces aurora
en la luz y el madrugar.
Querrás andar en tu casa;
Indiana en fin.

Leonarda.

Otro fin

me ha despertado, Martin;
que de hacienda de Indias pasa:

Martin.

Digolo, porque teneis
fama de ser miserables,
por los trabajos notables,
que en tierra y mar padeceis.
¿Pero qué te ha levantado?

Leonarda.
Un desasosiego injusto.

Martin.

¿Es disgusto?

Leonarda.

No es disgusto,
que no hay gusto con cuidado.

Martin.

No será pena de amor,
que dan gusto sus desvelos.

Leonarda.

No le puede haber con celos.

Martin.

De celos es la mayor;
¿pero celos tú? ¿de quién?

Leonarda.

Mis celos son testimonio
de que se ha vuelto demonio
mi amor:

Martin.

No lo entiendo bien.

Leonarda.

¿Qué nombre le puedo dar,
si tengo de un Angel celos?

Martin.

¿De esto nacen tus desvelos?

Leonarda.

Si me ha querido engañar
don Juan, por haber pensado
que le he de ayudar mejor,
engañase, que el amor
no paga bien engañado:
doña Angela no es su hermana!

Martin.

Es por Dios, y no es razon

que juzgues de su intencion
por una apariencia vana.

Leonarda.

Yo sé que su dama es,
y que lo quiere encubrir,
y á mi no me ha de mentir
por tan pequeño interes;
que me va la vida á mi
en tener mi libertad:
él sabe mi calidad,
tan buena como él nació.
Yo regalaré su dama,
no por eso ha de pensar,
que es mejor aventurar
el crédito de mi fama.

Ella es muy linda por Dios,
y en él muy bien empleada,
ya la he visto despojada;
bien se pagaron los dos.
Hasta verla tuve en duda
la voluntad, y la vida:
desvelos me dió vestida,
zelos me ha dado desnuda.
No es cosa para sufrir,
que zelos antes de amor,
es como necio acreedor
que firma sin recibir.
Dí que no me hable mas
en lo que habemos tratado.

Martin.

Si mi señor te ha engañado,
no vuelva á Madrid jamás.
Plega á Dios, que un ignorante
me lea, illustre Señora,
en versos, versos un hora,

y un mal músico me cante,
 Y que algun falso deudor
 de estos moatrerros viejos,
 por audiencias y consejos
 haga pedazos mi honor,
 Plega á Dios que sea creida
 la primera informacion,
 y quiteme la opinion,
 que sin opinion no hay vida;
 que me vendan mis parientes,
 y me olviden mis amigos,
 y que á mil falsos testigos
 nazcan otros tantos dientes;
 que sirva á señor ingrato,
 y si hubiere lugar, quiero
 que me tire un candelero
 á quien pidiere barato;
 que se aficioné á capones
 mi dama por voces vanas,
 y si tuviere tercianas,
 me curen por sabañones;
 que compita con bonete,
 y me atruene un bachiller,
 que hable grueso mi muger,
 y mi criado en falsete;
 que me ensucien una aldaba
 cuando por llamar la tuerza,
 y que me casen por fuerza,
 que con voluntad bastaba.

Leonarda.

Ya te conozco, Martin,
 para tordo eres mejor;
 yo entendí que tu señor
 miraba otro blanco y fino.
 Lo dicho, dicho, no hay mas.

Martin.

Oye, señora; detente,
escucha.

Leonarda.

Vete insolente.

Martin.

¿De esa manera te vas?

ESCENA III.

Martin y Feliciano.

Feliciano.

¿Qué es esto?

Martin.

Perdióse todo.

Feliciano.

¿Quién sois? ¿Y qué haceis aquí?

Martin.

Señor, yo vine... yo fui..

Feliciano.

Quien se turba de ese modo,
bien claro dice quien es.

Martin.

Soy cajero, y he vendido
unas randas que he traído,
como lo sabreis despues.
Si algunas voces he dado,
por mi dinero sera.

Feliciano.

¿Y la caja donde está?

Martin.

Aquí enfrente la he dejado,
de donde agora pasé.

Feliciano.

¿Y á quien las habeis vendido?

Martin.

Si á vuestra muger ha sido
ó á vuestra hermana , no sé ;
y aquí estaba una esclavilla ,
la cual Rufina se llama.

Feliciano.

No es mi muger esa dama.

Martin.

Yo sé poco de Sevilla.

Feliciano.

¿De qué nacion?

Martin.

Turco soy.

Feliciano.

¿Turco?

Martin.

Digo de Turin.

Feliciano.

¿Piamontés?

Martin.

Si piamentín.

En grande peligro estoy.

ap.

Feliciano.

¿De qué pais del Piamonte?

Martin.

De Illescas.

Feliciano.

¿De Illescas , como?

Martin.

Tal miedo de veros tomo ;
porque yo soy de Belmonte.

Feliciano.

No me agradais. ¡Ah Leonarda!

ESCENA IV.

Dichos y Leonarda.

Leonarda.

¿Es Feliciano?

Feliciano.

Yo soy.

Martin.

Gracias á los cielos doy ;
nunca su socorro tarda.

¿A vuestra merced no he dado
unas randas, de que espero
en esta puerta el dinero?

Leonarda.

Unas randas le he comprado.

Feliciano.

Perdonad, hombre de bien.

Martin

Las sospechas, caballero,
perdono, mas no el dinero.

Feliciano!

Pagaros quiero tambien:
venid, amigo.

Vase.

Leonarda.

Martin,

escuchad.

Martin.

¿Qué me mandais?

Leonarda.

Que á verme siempre vengais.

Martin.

Pensé que dabamos fin
á nuestros cuentos, por Dios;
pero mas ventura fué,

pues descubierto podré
hablar, señora, con vos.

ESCENA V.

Leonarda.

A las perlas del alba descogian
Pintadas hojas las abiertas flores,
Cuando en alegre paz dos ruseñores,
Su nido sobre un álamo tegian.

Pero en el tiempo que coger querian
El fruto de sus cándidos amores,
Llegaron otros dos competidores,
Que cuanto fabricaban deshacian.

Las pajas de que ya vestido estaba
Bañaron en cristal los arroyuelos:
De una fuente que el álamo bañaba.

Así fueron mis ansias y desvelos
Cuando pensé que nido fabricaba:
Tal fin promete amor, principio en zelos.

ESCENA VI.

Leonarda y Angela.

Angela.

¿Estás sola?

Leonarda.

¿No lo ves?

Angela.

Mi hermano, Leonarda mía,
á asegurarte me envia,
para que de mí lo estés:
suplicate que me des
crédito por desagravio
de tu amor, que no es tan sabio

amor, que á no ser su hermana,
 fuera la riqueza humana
 parte á sufrir un agravio.
 Y mucho lo estoy de tí,
 en no haberte parecido
 aquello mismo que he sido
 desde el dia en que nació.

¿Por qué presumes de mí
 que si yo fuera su dama,
 aventurára tu fama,
 infamando tu nobleza?
 porque no hay mayor bajeza,
 que ser tercero quien ama.
 ¿Mas de qué sirven rodeos?
 Para mas seguridad,
 pagaré con voluntad
 de tu hermano los descos:
 amor, de honestos empleos
 no esceda, ni te levante,
 mas que á ser cortés amante:
 mira tú si puede haber
 para zelos de muger
 seguridad semejante.

Leonarda.

Doña Angela, en tiempo breve
 no puede haber mucho amor,
 esto ha sido, que el amor
 se previene á lo que debe:
 cuando una muger se atreve
 á amar, mire los sujetos
 causa de iguales efectos,
 que examinar el valor
 ántes de tener amor,
 es prevencion de discretos.
 Nunca aventuran la fama

tan presto nobles mugeres
 si como su hermana eres,
 fueras Angela su dama;
 (que nobleza no se infama
 amando lo que es ageno)
 ya tengo tu amor por bueno,
 ya con mis celos acabo,
 tu satisfaccion alabo,
 y mi sospecha condeno.
 Si á mi hermano favoreces,
 daré favor á tu hermano,
 que ya sabe Feliciano
 lo que vales y mereces:
 la fortuna muchas veces
 ofrece las ocasiones,
 si á las Indias te dispones,
 aquí es mejor que te pares,
 sin andar por altas mares
 peregrinando naciones.
 Aficióneme de ver
 que sacase un caballero
 en mi defensa el acero,
 solo porque soy muger.
 Angela, no he menester
 dineros, sino contento;
 ayuda mi pensamiento,
 que fuera de mi nobleza,
 no hay en las Indias riqueza
 que iguale tu casamiento.

Angela.

Yo, señora, haré tu gusto,
 fuera de ser de mi hermano.

Leonarda.

Daba á don Pedro la mano,
 no con pena ni disgusto,

pero ya querer es justo,
á quien defienda mi honor.

Sale Rufina.

Don Antonio mi señor
viene con don Pedro á hablarte;
escóndete.

Angela.

¿ Si es casarte?

Leonarda.

No hay obediencia en amor.

ESCENA VI.

Leonarda, Rufina, don Antonio y don Pedro.

Don Antonio.

¿ En tal peligro queda?

Don Pedro.

No parece

que una hora puede dilatar la vida;
mengua el valor, y el accidente crece:
mi casa queda toda reducida
á sola mi persona.

Don Antonio.

Si en vos queda,
será mas aumentada que perdida.

Don Pedro.

Bastante hacienda y mayorazgo hereda,
quien solo quiere ser esclavo vuestro,
cuando esta dicha el Cielo me conceda.

Don Antonio.

Vos conocéis el justo amor que os muestro.
Aquí está mi Leonarda, que en su gasto
sabeis, don Pedro, que se mueve el nuestro.
Leonarda, sin respuesta, sin disgusto,
hoy se ha de hacer este concierto, hoy quiero.

Don Pedro.

Aun no fuí de sus ojos admitido.

Don Antonio.

Vos, lo sereis cuando seais su esposo.

Don Pedro.

Dadme licencia que despues la vea.

Don Antonio.

Dueño sois de esta casa.

Don Pedro.

Venturoso,
padre y señor, quien tanto bien posea:

ESCENA VII.

Leonarda, Rufina, y despues don Juan y Martin.

Leonarda.

¿ Quien pensára que tan presto
tuvieran fin semejante
mis pensamientos activos ?

Rufina.

¿ Puede mi señor forzarte ?

Leonarda.

Puede quitarme la vida.

Don Juan.

Dejame, necio.

Martin.

¿ Qué haces ?

Don Juan.

¿ Qué tengo de hacer ? morir.

Martin.

¿ Pues de esa manera sales ?

Leonarda.

¿ Qué es esto, don Juan ?

Don Juan.

Perderme.

que lo que quiero yo tengas por justo:
 Es don Pedro tan noble caballero,
 que quiero honrar mi casa de la suya.
 Dóile sin joyas tuyas en dinero
 cuarenta mil ducados, aunque es tuya
 mayor parte despues; dale la mano,
 para que la escritura se concluya.
 Mayorazgo he fundado en Felciano,
 ya sabes que es razon, diez mil de renta
 (gracias á Dios) le quedan á tu hermano;
 que en la nobleza, y las virtudes cuenta,
 tiene por dote de mayor decoro,
 lo que la vida y la opinion aumenta.

Don Pedro.

Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,
 ¿no me basta saber que es prenda mia?
 ¿qué valor en su pie merece el oro?

Leonarda.

Estimo vuestra noble cortesia,
 señor don Pedro, yo aunque estaba agena
 de que la dicha que decís tenia.
 Esto solo os respondo.

Don Antonio

No condena
 la vergüenza jamas estas acciones;
 vamos adentro, no la demos pena.

Don Pedro

No voy contento yo de sus razones;
 disgusto me parece que ha sentido.

Don Antonio.

Fingen disgusto en estas ocasiones.

Don Pedro.

Poco dichoso con Leonarda he sido.

Don Antonio.

Aquel encogimiento fue forzoso.

Leonarda.

¿Adonde vas?

Don Juan.

A matarme.

Leonarda.

¿Por qué, señor?

Don Juan.

Por tu gusto.

Leonarda.

¿Gusto? ¿de qué?

Don Juan.

De casarte.

Leonarda.

¿Oíste á mi padre?

Don Juan.

Le oí.

Leonarda.

¿Pues qué dijo?

Don Juan.

Que me mates.

Leonarda.

¿Yo qué respondí?

Don Juan.

Tibiezas.

Leonarda.

¿Y don Pedro?

Don Juan.

Necesidades.

Leonarda.

Sosiegate.

Don Juan.

¿Cómo puedo?

Leonarda.

¿Dije el sí?

Don Juan.

Bastó callarle.

Leonarda.

Necio estás.

Don Juan.

Soy desdichado.

Leonarda.

Y yo muger.

Don Juan.

Eso baste.

Leonarda.

Habláme bien.

Don Juan.

Estoy muerto.

Leonarda.

Escucha.

Don Juan.

¿Qué he de escucharte?

Leonarda.

Eso es locura.

Don Juan.

Es por tí.

Martin.

Parecen representantes,

que saben bien el papel.

Leonarda.

Martin, así Dios te guarde,

¿siente don Juan lo que dice?

Martin.

¿Si lo siente? ¿qué donaire!

¿pues veste salir sin seso,

y preguntas disparates?

Don Juan.

Ea, Martin, á embarcar.

Martin.

¿Cómo quieres que me embarque,
si he empleado mi dinero
en olandas y cambrayes?
Soy de esta casa cajero,
pesquéle quinientos reales
á Feliciano, y pretendo
tratar en Italia y Flandes.

Don Juan.

Digo, que te embarques luego.

Martin.

¿Donde tengo de embarcarme?

Don Juan.

Dentro del mar de mis ojos.

Martin.

Notables sois los amantes.

Don Juan.

Mas no, que corre tormenta,
y era forzoso anegarte.

Leonarda.

Ve, Rufina, al corredor,
porque puedas avisarme:
tú, Martin, lince has de ser
en la puerta de la calle,
que quiero hablar libremente.

Rufina.

Yo voy.

Martin.

Y yo á ser alcayde.

ESCENA VIII.

Leonarda y don Juan.

Leonarda.

Don Juan, las ingratitudes

ofenden las voluntades,
 mucho en poco tiempo debes
 al alma que supo amarte.
 ¿Cuál hizo más de los dos?
 ¿tú en quererme, ó yo en dejarme
 engañar de los requiebros,
 cosa á los hombres tan facil?
 ¿qué mudanza has visto en mí?
 ¿qué es lo que dije á mi padre?
 ¿qué te obliga á hacer locuras?
 ¿puede por fuerza casarme?
 no puede; y mas que te busca
 Feliciano por mil partes,
 obligado á defenderte,
 por mi inclinacion notable
 al servicio de tu hermana.
 Por Dios, don Juan, que repares
 en la pena que me dás.

Don Juan.

No sé como puedo hablarte
 con las desdichas presentes,
 porque es razon que me alcancen.
 ¡Que quien escucha oiga mal!
 Lo que escuché fué bastante
 para temer la caida
 de mi fortuna mudable.
 Si tu padre, prenda mia,
 con resolucion tan grande
 quiere casarte; ¿qué importa,
 que tú con tu hermano trates
 resistir la voluntad?

Leonardo.

No hayas miedo que me case
 con don Pedro, don Juan mio;
 que si de mi hermano sabes,

que desea conocerte,
no será mi padre parte
para casarme por fuerza.

Don Juan.

¡Qué notables tempestades
corre esta pobre barquilla
en dos tan breves instantes!
¿Es posible que en dos dias
cosas por un hombre pasen,
que aun en dos años parecen
imposible de contarse?

Mil veces en mi aposento
pienso que puedo engañarme;
porque me niego á mí mismo
ser tan presto, y ser verdades,
ó por lo ménos que duermo,
y que sueño disparates,
por mas que los naciimientos
conciertan las amistades.

Entré, señora, en tu cuadra;
ví con doña Angela un angel,
y por unas célosías
de cabellos descuidarse
blanco marfil mal ceñido
de lágrimas orientales,

• • • • •
• • • • •
• • • • •
• • • • •

luego ví encubrirse todo,
quedando solo en cristales
unos rayos que tenían
breves grillos de diamantes.

Vine con esto mas loco;
olvidéme de mis males,

que no esperados plácemes
 olvidan grandes pesares.
 Prometiste de tener
 dueño, que el mundo envidiase;
 rico, noble, hermoso; ilustre;
 de alto valor, de alta sangre,
 en pago de la defensa
 y alabanzas inmortales,
 que me deben las mugeres
 honras, virtudes, linages,
 desde que ceñí la espada;
 no sufriendo que afrentasen
 muger ninguna á mis ojos,
 lo cual me ha costado cárcel,
 heridas, perder la patria,
 envidias, enemistades,
 oficios, cargos, hacienda,
 hasta que pude obligarte
 con lo que sabes, señora,
 que te ha obligado á aturparme:
 y apenas quise salir
 no á dejar mis soledades,
 sino por ver si te vesá,
 cuando el sueño se deshace,
 oigo decir que te casan,
 y oigo decir que me matan.

Leonarda.

¿Don Juan, un hombre valiente
 tan tiernos extremos hace?
 mirad, que entraste muy bravo
 para salir tan cobarde:
 ¿que seguridad queréis
 para que con vos me case?

Don Juan.

Una firma suele ser

firmeza de amor constante.

Leonarda.

Voy á escribir un papel.

Don Juan.

¿Y firmarásle?

Leonarda.

Esperadme;

mal conoceis las mugeres
con amor.

ESCENA IX.

Don Juan.

El Cielo os guarde.

Fortuna, que á Sevilla me trujiste
Huyendo del rigor en que me hallaste,
¿En qué mar á las Indias me embarcaste,
Que con tal brevedad me enriqueciste?

Mas no es el fin del bien que le conquiste,
Si de la posesion te descuidaste,
Pues para mas tristeza me alegraste;
Que no hay alegre bien, si el fin es triste.

No me des dichas para no gozallas,
No me des glorias para no tenellas,
Ni el breve bien que en esperanzas hallas;
Que no pudiendo asegurarse dellas,
Parece que es mas dicha no alcanzallas,
Que vivir con el miedo de perdellas.

ESCENA X.

Don Juan y Feliciano.

Feliciano.

¿Quién es?

Don Juan.

¡Notable desdicha! *ap.*

Feliciano.

¿Qué es lo que mandais aquí?

Don Juan.

Aunque perderla temí, *ap.*
 muy breve ha sido mi dicha:
 aquí no hay otro remedio
 como decir la verdad,
 que será temeridad
 perder lo que hay de por medio.
 ¿Sois Feliciano?

Feliciano.

Yo soy.

Don Juan.

A vos os busco.

Feliciano.

¿A qué efecto
 me buscais?

Don Juan.

Yo soy don Juan
 de Castro y Portocarrero.

Feliciano.

¿Sois el que ha don Diego hirió?

Don Juan.

Soy el que ha herido á don Diego.

Feliciano.

Saco la espada.

Don Juan.

Esperad,
 y sabreis á lo que vengo.

Feliciano.

Vos á matarme vendreis.

Don Juan.

Qidme, señor, os ruego,

dos palabras.

Feliciano.

Ya os escucho,
aunque es por cierto respeto.

Don Juan.

¿Sabeis, que si lo sabreis,
que reñimos bueno á bueno
don Diego y yo?

Feliciano.

Bien lo sé.

Don Juan.

Pues segun eso, ¿qué debo
entre caballeros nobles?

Feliciano.

De todo estoy satisfecho.

Don Juan.

Esto es cuanto á la herida,
porque á vos, que no á don Pedro,
doy esta satisfaccion.

Feliciano.

El término os agradezco.

Don Juan.

Donde he estado retirado,
ha una hora que me dijeron
que la señora Leonarda,
con noble y piadoso pecho,
trujo á doña Angela aquí;
yo, como en fin, forastero,
no conociendo las partes,
con el honor que profeso,
por las tapias de la huerta
desamparé el monasterio,
y aventurando la vida
á ver quien la trujo vengo.
Entré loco por la casa;

pero en sabiendo los dueños
 os pido humilde, que es justo,
 perdon de mi atrevimiento.
 Suplicoos que la ampareis,
 hasta que me vaya al puerto,
 que en casa tan principal
 pienso que la puso el cielo.
 Con esto y vuestra licencia
 al Monasterio me vuelvo,
 y si saliere justicia,
 cosa que volviendo temo,
 las manos me han de valer,
 que á los pies poco les debo.

Feliciano.

Puesto que yo soy amigo
 de don Pedro y de don Diego,
 lo soy mas de la verdad,
 y del valor de los pechos.
 A estas horas puede ser
 que esté don Diego muriendo;
 ya que por tan justa causa
 en peligro os habeis puesto,
 no habeis de salir de aqui,
 porque no es justo, ni quiero,
 sino es que yo os acompañe,
 que si de Leonarda el celo
 fue amparo de vuestra hermana,
 tambien obligado quedo
 por ella, por vos, por mí,
 y por Leonarda á teneros
 en mi casa hasta que vais
 seguro á Cádiz ó al Puerto.
 ¿Haqs visto alguno en mi casa?

Don Juan.

ninguno.

Feliciano.

Pues mi aposento,
sin que lo entienda mi hermana
ni mi padre, daros quiero.

Don Juan.

Echaréme á vuestros pies.

Feliciano.

Aquel es el cuarto nuevo: me
esta es la llave; tomad, y
id aprisa, cerrad presto;
y advertid que hay una puerta,
por donde, si no hablais quedo,
os puese escuchar mi hermana;
por eso andad con silencio,
que á sus aposentos sale.

Don Juan.

Mil años os guarde el Cielo,
que desde hoy prometo ser
para siempre esclavo vuestro.

ESCENA XL

Feliciano.

¿Qué pudo imaginar mi pensamiento
Que del alma viniese á la medida,
Como hallar á don Juan, en cuya vida
Estriva de mi amor el fundamento?

Cuando temí, para mayor tormento,
Mi muerte en el rigor de su partida,
De los cabellos la ocasion asida
Dispone á dulce fin mi atrevimiento.

Ya estaba el alma sin tener sosiego,
Vestida de mortal desconfianza;
pero valióme la esperanza luego.

Ella es el bien, mientras el bien se alcanza;

que como el árbol es materia al fuego,
así vive el amor con la esperanza.

ESCENA XII.

Feliciano y Leonarda.

Leonarda.

Como mi hermano ha venido,
don Juan se escondió.

Feliciano.

Leonarda,
¿que hay de nuevo?

Leonarda.

¿Qué me aguarda
un mal tan bien prevenido.
Con don Pedro está firmando
mi padre las escrituras.

Feliciano.

¿En voluntades seguras,
quién puede temer amando?

Leonarda.

Si tú no temes, yo sí,
qué hacer este casamiento
estorba mucho tu intento.

Feliciano.

Leonarda, dime pues que vi
á doña Angela, que adoro,
sin saber quien es don Juan,
mil pensamientos me dan,
cuyos efectos ignoro.

¿Quieres á don Pedro bien?
¿quieres casarte?

Leonarda.

No hay cosa
cual una pregunta ociosa,

con que mas penas me den;

Feliciano.

No te puedo encarecer
lo que me alegra escucharte;
porque á serlo solo es parte
querer tú ser su muger:
Este ha de ser enemigo
de doña Angela, si muere
su hermano: ¿Pues quién lo fuere,
cómo puede ser mi amigo?
¿tengo de tener cuñado,
que á doña Angela persiga?

Leonarda.

Feliciano, amor te obliga
de un angel bien empleado,
Por tí no quiero casarme,
que tambien á mi me dan,
sin conocer á don Juan,
pensamientos de guardarme;
sin saber por qué, me guardo
de lo que los dos intentan.

Feliciano.

Por tu vida, que me cuentan
que es el hombre mas gallardo
que ha venido de Castilla;
que en un monasterio está,
donde á visitarle va
lo mas noble de Sevilla.
¿Quieres que vaya por él,
para que á su hermana vea?

Leonarda.

Claro está que lo desea:
¿mas como vendrás con él?

Feliciano.

En un coche con recato.

Honor, no es esto ofenderos, *ap.*
que antes es ennobleceros
lo que con Angela trato.

Leonarda.

Busca á mi padre, y dirás
esto que sabes de mí,

Feliciano.

Ya voy: advierte que aquí
esa palabra me das.

Leonarda.

De don Juan digo que soy,
si tú quieres que lo sea,
aunque nunca á don Juan vea.

Feliciano.

Loco por Angela estoy.

ESCENA XIII.

Leonarda y Rufina.

Leonarda.

Bueno es ir por él agora,
y dentro de casa está;
vivid esperanza ya.

¿Oyes, Rufina?

Rufina.

¿Señora?

Leonarda.

Abre ese aposento, y llama
á don Juan.

Rufina.

En él entré

denantes, y no le hallé:
hice despacio la cama,
y como ví que no vino,
fuime.

Leonarda.

¿Dónde puede estar?
que no habiendo otro lugar
pareciera desatino.
¡Ay de mí, si se partió
temiendo mi casamiento!

Rufina

Pues él no está en mi aposento,
lo mismo imagino yo.

Leonarda.

El se fué desconfiado:
¿qué haré? muerta soy, ¡ay cielos,
estraña fuerza de celos!

Rufina.

Si se fué, ¿qué te ha llevado,
que los ojos de agua llenos,
haciendo extremos estás?

Leonarda.

Del alma lleva lo mas,
del cuerpo lleva lo menos.

ESCENA XIV.

Dichos, Angela y Martin.

Angela.

¿Leonarda?

Leonarda.

¿Angela?

Angela.

¿Qué es esto?

Leonarda.

Don Juan es ido; estoy loca.

Angela.

¿Don Juan?

Leonarda.

Con causa tan poca,
que se echa de ver cuan presto
olvida quien presto quiere.

Martin.

No era muy poco temer
ser de don Pedro muger,
para que su muerte espere.

Angela.

No me puedo persuadir
que me dejase mi hermano.

Leonarda.

Pues que te ha dejado es llano,
para dejarme morir.

Martin.

El no salió por la puerta.

Leonarda.

Si salió, que siendo bien,
cuando se va no le ven.

Martin.

Tu hermano viene.

Leonarda.

Estoy muerta.

ESCENA XV.

Dichos, Feliciano y don Juan.

Feliciano.

Angela, para alegraros
os traigo lo mas que puedo:
dad los brazos á don Juan.

Angela.

¿Don Juan? ¿mi hermano?

Leonarda.

¿Qué es esto?

Feliciano.

En un coche con amigos
le saqué del monasterio.

Angela.

¿Cómo no me hablas, hermano?

Don Juan.

Porque enmudece el contento,
que viene sin esperanza:
mucho á estos señores debo,
pues en tan grave desdicha
tanta merced nos han hecho.
¿Es la señora Leonarda?

Leonarda.

Yo soy á servicio vuestro.

Don Juan.

No solo os beso los pies,
la tierra que pisan beso.

Leonarda.

En extremo he deseado,
señor don Juan, cononoceros,
que por allá habreis sabido
lo que á doña Angela quiero.

Don Juan.

Sé la merced que la haceis,
digna de tan nobles pechos:
ya mi desgracia supisteis;
con razon temo á don Pedro,
que es quien pretende matarme:
mas ya me ha muerto de zelos. *ap.*

Leonarda.

¿Mataros? no lo creais,
no matará si yo puedo,
que hay muchos en esta casa
que pretenden defenderos.

Don Juan.

Como el señor don Antonio
le quiere para su yerno,
de que os doy el parabien,
con justa razon le temo.

Leonarda.

Pues no temais, que he de ser
(aunque por padre le tengo)
de quien quisiere mi hermano,
que solamente obedezco.

Feliciano.

Yo te casaré, Leonarda,
y no será con don Pedro.

Leonarda.

Mil veces te doy los brazos,
y el pesamiento agradezco.

Feliciano.

¿ Parécete bien ?

Leonarda

Sí, hermano.

Martin.

Abrace vuste al cajero
de casa.

Don Juan.

Con mucho gusto.

Martin.

Randas y Cambrayes vendo :
si hay bodas, no hay que sacar
de cal de Francos, que tengo
ciertas holandas, manteles,
mas que el propio pensamiento.
Comencé sin una blanca;
y á la primer flota pienso
enviar cuarenta fardos,
y tres doblando el dinero ;

cargadas naves que valgan
 siete mil y cuatrocientos.
 Luego compro mi lugar,
 y en un coche me paseo;
 miro grave, y hablo culto,
 y quito el sombrero á dedos.
 Tres cosas hacen los hombres,
 y los levantan del suelo,
 las armas, letras, y el trato;
 armas, no las apetezco
 viendo mil soldados mancos,
 sopones de los conventos;
 letras, no las aprendí;
 trato desde aquí comienzo.
 Fortuna, pues eres dama,
 cuatro moños te prometo,
 y diez naguas de algodón,
 con que estés gorda tan presto,
 que encubras por lo estofado
 las cantimploras del suelo.

Rufina.

Mi señor viene,

Feliciano.

Don Juan,

volveos al monasterio
 que sabeis, que cada dia
 ir á buscaros prometo,
 y fiad de esta palabra.

Don Juan.

Honrais un esclavo vuestro:
 á Dios, señora Leonarda,
 á Dios, Angela.

Angela.

Los cielos

os libren, don Juan.

Leonarda.

Y os guarden
para lo que yo deseo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Don Antonio y Feliciano.

Feliciano.

Cuando don Pedro salia . . .)
(que por su causa no entré)
escuché que te decia ,
padre y señor , con que fué
cierta la sospecha mia .

Don Antonio.

¿Pues qué sospechas ?

Feliciano.

Sospecho
que habrás casado á Leonarda.

Don Antonio.

Tratado está , no está hecho :
como ser su esposo aguarda
de tu amistad satisfecho ,
entra por padre y señor ,
mas humilde que un deudor ;
por que cuantos se han casado
de esta manera han entrado ,
ú sea interés ó amor .

Pero apenas pasa un mes
cuando es suegro , y de él se afrentan ,
y por cualquiera interés
entre las cosas le cuentan ,
que se aborrecen despues :
pésales de ver que vive ,

como de heredar les prive,
y dicen que un siglo dura.

Feliciano.

Don Pedro á tanta ventura
justamente se apercibe,
Pero no se la darás,
á lo menos con mi gusto,
pues desobligado estás.

Don Antonio.

¿Has tenido algun disgusto
con don Pedro?

Feliciano.

Yo, jamás.

Don Antonio.

¿Pues dóisela yo por tí,
cuya amistad con exceso
no es de gusto para mí,
y agora sales con eso?
¿no es tu amigo?

Feliciano.

Señor, si,
y á otros muchos preferido.

Don Antonio.

No, Feliciano: los dos
habeis reñido: ¿qué ha sido?

Feliciano.

Amigos somos por Dios,
no habemos los dos reñido.

Don Antonio.

¿Hay pendencia? ¿hay amenaza?
¿habló mal de tí en ausencia?
que hay amigos de esta traza,
lisongean en presencia,
y murmuran en la plaza.
Por muger debió de ser,

alguna te habrá quitado; pero
no niegues.

Feliciano.

¿Yo, qué muger?

Don Antonio.

¿Pues cómo hoy te causa enfado
lo que abonabas ayer?

Feliciano.

Porque mayorazgo era,
presumiendo que muriera
su hermano, y vive, y está
fuera de peligro ya,
y que le diéras quisiéras
mejor marido á Leonarda.

Don Antonio.

¿La palabra no se guarda?

Feliciano.

Digo, señor, que es muy justo:
pero el no ser con su gusto
me detiene y acobarda.

Don Antonio.

¿Pues qué gusto es menester?

¿tengo yo de obedecer
á Leonarda, ó ella á mí?

Yo le conocí por tí,

por tí será su muger.

Galas y joyas previno

de mi palabra fiado,

y cumplirla determino.

Feliciano.

Temor notable me ha dado.

Don Antonio.

¿De qué?

Feliciano.

De algun desatino.

Don Antonio.
¿Quién le ha de hacer?

Feliciano.

Mi hermana:

Don Antonio.

¿Tu hermana?

Feliciano.

¡Vaya! Veráslo presto.

Don Antonio.

Pues fúndese en ser liviana,
y tú necio y descompuesto,
y casaréme mañana.

Feliciano.

Pues has llegado á decir
disparate semejante,
no te quiero persuadir.

Don Antonio.

Salte allá fuera, ignorante. *Vase.*

Feliciano.

No es ignorancia sufrir.
En gran confusion me siento,
don Juan está en mi aposento,
yo por su hermana perdido,
y don Pedro prevenido
al injusto casamiento:
¡qué cortos plazos le dán
al mal! ¡y el bien cómo tarda!
todos en peligro están,
¡mas, ay cielos, si Leonarda
quisiera bien á don Juan!

ESCENA II.

HABITACION DE LEONARDA.

*Don Juan, Angela, Leonarda y Martin.**Leonarda.*

Estarás muy triste aquí.

Angela.

Agravias su voluntad.

Don Juan.

Confieso la soledad

del tiempo que estoy sin tí;

pero luego que te veo

vence la satisfaccion

cuanto á la imaginacion

está pidiendo el deseo.

Angela.

El cuarto de Feliciano

de suerte compuesto está,

que en él consolar podrá

sus soledades mi hermano.

Tiene muy ricas pinturas,

y escritorios excelentes.

Don Juan.

Son de unos ojos ausentes,

Angela, sombras oscuras.

Abrí la puerta, y pasé

al de Leonarda, que aquí

amanece para mí

el sol que anoche se fué.

¿Cual hombre de cuantos trata

favorecer la fortuna,

acostada vió la luna,

en su círculo de plata?

¿No es verdad, Martin?

Martin.

Señor,

la luna es húmeda y fría,
y comparalla seria,
con Leonarda, poco amor.

Cada mes su condicion,
hace trescientas mudanzas,
que para tus esperanzas,
contrarios efectos son.

¿De qué le sirve crecer,
á quien luego ha de menguar?
¿quién cuartos pudo inventar,
pudo ser buena muger?

Demas, que fué gran bageza
trocar en cuartos su plata
por premio, ofendiendo, ingrata,
su misma naturaleza.

El cerro del Potosí

ha hecho lo que ha podido,
que hablemos en él os pido,
y no haya cuartos aquí.

Leonarda.

¿Cómo podré entretener
á don Juan mientras se esconde?

Martin.

Lo que el amor te responde,
no quiero yo responder.

Leonarda.

Pero jugando, ó hablando
habrá de ser.

Martin.

Pues contemos
cuentos, porque no podremos
entretenernos baylando;

que sino yo y la mulata
 hemos puesto un gateado,
 que capona y rastreado
 son cuartos, y esotro plata.

Don Juan.

Si llega tan dulce día,
 que yo tenga libertad,
 veremos tu habilidad.

Leonarda.

Pues comienza Angela mia.

(1)

Angela.

Yo no sé cuento ninguno;
 pero tambien entretienen
 cosas varias; y así os quiero
 hacer de un pleito jueces.
 Habia un hombre de bien,
 gran defensor de mugeres,
 que tenia cierta hermana,
 que le acompañaba siempre.
 Llamábase el hombre Octavio,
 la dama Olimpia, y dos veces
 se viéron por defenderlas
 cerca de prision ó muerte.
 Defendió una dama un día,
 y ella tambien le defiende,
 enamóranse los dos,
 los dos casarse pretenden.
 El hermano de esta dama
 vió á la hermana del ausente,
 enamoróse tambien,
 y ella dicen que le quiere:
 en fin por temor de Octavio
 á decirlo no se atreve.

Agora os ruego , señores ,
que me digais ¿ cómo puede
vivir Olimpia , si amor
dificilmente se vence ?

Leonarda.

¿ Quereis que responda yo ?

Angela.

Claro está que lo deseo.

Leonarda.

Pues haga Olimpia el empleo
á que Octavio la obligó ,
pues que la enseña á querer ;
y los hermanos trocados ,
quedarán en paz casados.

Don Juan.

¿ Qué puedo yo responder ?

Martin.

¡ Brava cifra ! ¡ pesia tal !
¡ qué enigma tan encubierta !
¿ Si la quiere descubierta ,
Leonarda , qué dicha igual ?

Leonarda.

Sí quiero , y le pediré
las albricias á mi hermano ;
pero oye un sueño.

Martin.

En vano
sueñas , ya no hay para qué.

Leonarda.

La madre de las tinieblas
en la silla de su imperio
las puertas al huerto daba ,
y las llaves al secreto ;
estaban todas las cosas
en un profundo silencio ,

hasta la envidia dormia,
 no hay mas encarecimiento;
 cuando soñé que en un prado,
 estaba sola durmiendo,
 á cuyas flores servia
 de abanillo el manso viento,
 y que vino un pardo azor
 de una águila negra huyendo,
 que se amparaba en mis brazos,
 y que por tenerle en ellos
 desperté, y ví que me habia
 llevado del pecho abierto,
 el corazon en las uñas;
 ¿qué podrá ser este sueño?

Martin.

Notables andais de cifras,
 que no lo entiende os prometo
 uno de aquestos que saben
 castellano como griego.
 Declaraos un poco mas,
 y lo que decís sabremos.

Don Juan.

Si te llevó el corazon
 (paloma andaluz) durmiendo,
 el pardo azor de Castilla,
 hago testigo á los cielos,
 que te dejó toda el alma.

Martin.

; O qué fin para un soneto!
 Nueva manera de amor ;
 seguidillas en requiebros.
 ¿ Azor de Castilla,
 paloma andaluz,
 quién los viera madre,
 comer alcuzcuz ?

Don Juan.
Este está borracho ya.

Martin.
Pluguiera á Dios.

Leonarda.

Di tu cuento.

Angela.
A gentil entendimiento
encomendado se vé.

Martin.

¿Tan linda te ha parecido
la cifra que nos dijiste?

Angela.

Yo me entendí.

Martin.

Si entendiste,
pues todos te han entendido.

Don Juan.
¡Ay, mi Leonarda! si viera
á doña Angela casada
con tu hermano, y que empleada
mi vida y alma estuviera
en tus méritos divinos,
¡qué vida fuera la mia!
la fuerza de esta alegría
hace pensar desatinos.
Esta ciudad generosa
fuera mi patria: saliera
al alba, pero no fuera
á buscar jazmín y rosa
al campo, sino á mi lado;
porque lo hallára en tu cara;
y yo en tus ojos hallára
luz serena y sol dorado.
Viera regalada mesa

tan alegre al medio día ;
 que de tanta dicha mía ,
 aun á mi propio me pesa.
 Cuando la noche en su abismo
 cerrára el cielo español ,
 durmiera yo con el sol ,
 antípoda de mí mismo.
 ¿Qué príncipe , qué señor
 tan descansado viviera ?

Martin.

Por Dios , que nõ le dijera
 tal requiebro un labrador.

Don Juan.

¿Pues qué le puedo decir ?

Martin.

Grosero amador estas ,
 aquí no has hablado mas
 que de comer y dormir.

Don Juan.

¿Sabes tú mas ?

Martin.

Sí en verdad.

Don Juan.

¿Eres tú culto por dicha ?

Martin.

Eso fuera por desdicha ,
 que no por habilidad.
 Dejo las cosas divinas ,
 á que un hombre está obligado ,
 despues que se ha levantado ;
 ya , señor , las imaginas ;
 pero despues de comer
 ¿no era justo regalar
 tu esposa , y ver el lugar ,
 que una muger quiere ver ?

Doñ Juan.

Bien es, Martin, que me riñas :
los deseos me engañaron.

Martin.

¿Por qué piensas que llamaron
á las de los ojos niñas?
porque fue su condicion
ver cuanto pasa, y tambien
el desear cuánto ven,
que así las mugeres son.
Llevémosla á cal de Francos,
que mil mugeres ha habido,
que por no verlo encogido,
no dan limosna á los mancos.
Llevémosla por el rio
en un encerrado barco,
que una ventana con marco
hará triste el humor mio.
Vea el sábalo salir
del agua á la blanca arena,
de lama y de conchas llena,
y entre las redes bullir.
Vea como se alborota
preso del cañamo y plomo
en otro elemento, y como
la ñudosa red azota.
Vaya en el coche tambien
por el campo de Tablada,
que una muger festejada
sabe que la quieren bien;
ó á la comedia, que algunas
saben dejar los chapines,
si hay rótulos buratines,
con su ramo de aceytunas.
Vaya á esas buertas vecinas,

vea frutas, corte flores,
 que no todos los amores
 se cubren de las cortinas.
 Siempre fue mi parecer,
 que el que es discreto, don Juan,
 nunca ha de ser mas galan,
 que de su propia muger.

ESCENA III.

Dichos y Rufina alborotada.

Rufina.

¡ Ay, señora, cómo estás
 con descuido tan notable?
 que tu hermano y mi señor
 riñeron sobre casarte.

Jura que esta noche misma
 ha de ser; mira que haces,
 que estan las joyas en casa,
 ricas telas, y diamantes,
 y el sastre á la puerta muerto,
 por dividir en mil partes
 primavera y tabiés.

Martin.

Ya no saldremos las tardes
 por sábalos.

Leonarda.

Aun no puedo
 mover la lengua.

Don Juan.

Ni hables,
 pues has gustado, Leonarda,
 de engañarme, y de matarme.

Leonarda.

¿ Yo engañarte, mi señor?

¿ como puedo yo engañarte ,
 si me ha de costar la vida
 el no sufrir que me case?

Martin.

Lo que más siento , Rufina ,
 es saber que el sastre aguarde
 á echar por esos tabies ,
 como por cerros y valles ,
 aquella santa tijera ,
 que tales milagros hace.
 Cuando la perdida España
 se ganó de los alarbes ,
 mandó Pelayo salir

á todos los oficiales :

que saldrian respondieron
 de buena gana los sastres
 á pelear con los moros ,
 cuando un pendon acabasen ;
 para que van allegando
 pedazos chicos y grandes ;
 pero con haber mil años ,
 no hay remedio que se acabe ,
 y puede llegar á Roma
 si los pedazos juntasen .

Don Juan.

Yo no sé mejor remedio :
 dí á tu hermano y á tu padre
 lo que don Diego decia ;
 que si tal infamia saben ,
 y que por eso le hirieron ,
 no es posible que te casen .

Leonarda.

Eso ya estuviera hecho ,
 don Juan , si fuera importante ,
 mas si llega á su noticia ,

¿cómo no te persuades
que los han de hacer pedazos?

Don Juan.

¿Pues qué importa que los maten,
á trueque de verte libre?

Leonarda.

Eso es locura.

Don Juan.

Pues dame
algun remedio; que muerto,
mas que nunca viva nadie.

Rufina.

Tu padre.

Leonarda.

Escondeos los dos.

Don Juan.

¿Quién habrá que no se canse
de tanto esconder?

Angela.

Quien tiene
amor.

Don Juan.

No hay amor que baste.

ESCENA IV.

Leonarda y don Antonio.

Don Antonio.

¿Como, Leonarda, es posible
que á ver las joyas no saies
siendo propio en las mugeres
con las galas alegrarse?

Mira que están los criados
de don Pedro para darte
tal presente, que es razon

que le agradezcas, y alabés.

¿Qué es esto? ¿no me respondes?

Leonarda.

Señor, por no declararme

no te respondo.

Don Antonio.

Bien dices,

que puesto que te declares

has de hacer mi voluntad;

porque engendrarte y criarte

me ha dado este imperio en tí.

Leonarda.

¿Hacen el alma los padres?

Don Antonio.

No, sino el cuerpo, que el alma

Dios la infunde.

Leonarda.

Si en tres partes

se divide el alma; y una

es la voluntad, ¿no sabes

que no es tuya, sino mía?

que aun Dios no quiso quitarme

la libertad con ser Dios:

fuera de esto, no es bastante,

que el bien que se da una vez,

no fué de nobles quitalle:

¿si el cuerpo me diste, es bien

que como a dueño le mandes?

ya es mio, pues me le diste;

mira que es en hombres graves

pedir lo que dan, bajeza.

Don Antonio.

¿Hay libertad semejante?

pues ven acá (que no quiero,

como era justo, enojarme)

¿cuál es mejor casamiento
que con extraño te cases,
ó con el que mas conoces?
¿No es mejor, hija, emplearte
en quien puedas tú decir,
por conocerle y tratarle,
que está dentro de tu casa?

Leonarda.

Suplicote que repares
en la palabra que has dicho.

Don Antonio.

¿Como?

Leonarda.

Yo quiero casarme
con quien en tu casa vive.

Don Antonio.

Ahora quiero abrazarte;
y echarte mi bendicion,
y á los dos, Leonarda, alcance.

ESCENA V.

Martin, don Juan, y Angela.

Martin.

¿En efecto nos vamos?

Don Juan.

No es posible
aguardar á que venga el nuevo esposo.

Angela.

Culpo, don Juan, tu condicion terrible.

Don Juan.

¿Cuál hombre tan aprisa fué dichoso?

Angela.

¿Queriéndote Leonarda, es imposible
darle la mano?

Don Juan.

Un padre es poderoso:

Martin.

No hay padre en voluntades de mugeres.

Don Juan.

¿Qué viento no mudó sus pareceres?

Martin.

¿Y dónde quieres ir?

Don Juan.

Quiero embarcarme,
pues fuera de peligro está don Diego:
aquí puedes, doña Angela, esperarme,
que á despedirme de Leonarda llevo,
que porque no es razon quiero forzarme
que se queje de mí: tú parte luego,
y apercibe la ropa que trujiste.

Martin.

Yo voy.

ESCENA VI.

Angela.

Yo quedo enamorada, y triste.

Pasa la mar el mercader que aspira
Á enriquecer, y por la estraña tierra
De su querida patria se destierra;
Ni el frio teme, ni el calor admira:

Del bien gozoso que su gloria mira
En alta nave la riqueza encierra;
Y sin temer del elemento guerra
Las hondas rompe, por llegar suspira:

Mas cuando ya la patria se la daba,
Corre tormenta en el vecino puerto,
Y halla la muerte cuando no pensaba.

Así por este mar del mundo incierto,

Con renta mi esperanza navegaba;
Perdónola la mar, matóla el puerto;

ESCENA VII.

Angela y don Antonio.

Don Antonio.

¿Quién se queja, y habla aquí?

Angela.

Ya me ha visto: ¡qué desgracia! *ap.*

Don Antonio.

¿Muger de tan buena gracia,
en mi casa vive así?

¿quién sois?

Angela.

Señor...

Don Antonio.

No os turbeis.

Angela.

Señor, de vuestro valor
bien puedo fiar mi honor.

Don Antonio

Seguramente podéis.

Angela.

Don Juan de Castro es mi hermano,
por la herida de don Diego
vino á su posada luego
con don Pedro; Feliciano
piadoso me trujo aquí.

Don Antonio.

Ahora entiendo la historia. *ap.*

Angela.

Esperanzas de mi gloria,
paciencia, que ya os perdí. *ap.*

Don Antonio.

No de valde, Feliciano,
el casarse defendía
su hermana, y aquí os tenía.

Angela.

No me ha tocado una mano.

Don Antonio.

De tan principal muger
estoy yo muy satisfecho.
¿Vuestro hermano, que se ha hecho?

Angela.

¿Qué tengo de responder? *ap.*

A san Lucar fué, señor.

Don Antonio.

Encerrarla quiero aquí. *ap.*

Angela.

¿Qué quieres hacer de mí?

Don Antonio.

Asegurar un temor:
no temais, que en mi aposento
estareis mas recogida.

Angela.

¡Ay esperanza perdida! *ap.*
cobrad vida, y nuevo aliento.

Don Antonio.

Entrad, que os quiero cerrar.

Angela.

Como no salga de aquí,
ya no es prision para mí.

Don Antonio.

¿Qué decís?

Angela.

Que quiero entrar. *Entrase.*

Don Antonio.

Por Dios que no ha de salir

hasta que case á Leonarda.

Saló Rufina.

Don Pedro, señor, te aguarda.

Don Antonio.

Agora puedo decir,
que está seguro mi intento;
pues quitada la ocasion
se pondrá en egecucion
de Leonarda el casamiento.

ESCENA VIII.

Rufina, y Martin con la ropa.

Martin.

¿ Puedo entrar?

Rufina.

Puedes entrar.

Martin.

Vengo, Rufina, ¡ ay de mi!
á despedirme de tí,
hechos los ojos un mar,
un mar de llantos, y enojos.

Rufina.

Ya veo yo, Martin amigo,
la tormenta que contigo
están corriendo tus ojos.

Martin.

Ay, ay, ay.

Rufina.

El ay, ay, ay,

ha mucho ya que pasó.

Martin.

¿ No lloras Rufina?

Rufina.

¿ Yo?

¿ Acuerdase del Cambray,

con que pescó los quinientos ?
pues dígame, ¿ qué me dió ?

Martin.

¿ Qué habia de darte yo ?

Rufina.

Por lo ménos los doscientos.

Martin.

Esos no te faltarán ;
pero mira que nos vamos.

Rufina.

Mugeres , solo lloramos
cuando se van los que dan.

Martin.

Sí ; pero huélgome aquí
de que nacieses mulata ,
que aunque no quieras , ingrata ,
te pondrás luto por mi.
¿ Qué no te mueva á piedad
haber besado el mastin ?
eres su parienta al fin ,
usas la misma crueldad.
¿ Cual hombre pasó en el mundo
la noche que yo pasé ?
de la cocina rodé
al sótano mas profundo :
tú sabes donde dormí ,
cercado con mil cuidados ,
de animales vidriados.

ESCENA IX.

Dichos , Leonarda y don Juan.

Don Juan.

El confiarme de tí
ha de ser para mi daño.

Leonarda.
No hayas miedo que lo sea.

Don Juan.

¿ En fin, quieres que te crea ?

Leonarda.

Tú sabes que no te engaña.

Don Juan.

¿ Dónde doña Angela está,
Martin ?

Martin.

¿ No está con Leonarda ?

Leonarda.

¿ Conmigo ? No.

Martin.

Pues aquí

la dejé, mientras juntaba
la ropa.

Don Juan.

¿ Y tú no la has visto
Rufina ?

Rufina.

¿ No puede en casa
andar doña Angela libre ?

Martin.

Si con Leonarda no estaba,
ne hay aposento en que esté,

Don Juan.

Habla, Leonarda, ¿ qué aguardas ?

¿ Háme llevado tu hermano,
como sabe que te casas,

á mi hermana ? Bueno quedo
sin la suya y sin mi hermana.

Vive Dios, que si esto fuese,
que pienso que tal infamia

me obligaría.

Leonarda.

Don Juan,
paso, y con dignas palabras
de quien eres y quien soy...

Don Juan.

¿Qué palabras hay honradas,
donde no lo son las obras?

Leonarda.

Mira, que conmigo hablas,
y que si eres defensor
de las mugeres, y tratas
mal mi respeto, diré
que las mugeres engañas.

Don Juan.

Leonarda, si esta traicion
procede de vuestra culpa,
bien sabes que me disculpa
mi honor y buena opinion;
porque no será razon
donde es la ofensa tan llana,
que tengas defensa humana,
pues muy atrevida, quieres
que defienda las mugeres,
y no defienda mi hermana.
¿Seria buena defensa,
que por defenderte á tí,
me hiciese tu hermano á mi
en el honor esta ofensa?
¿Cuando tú te casas, piensa
que ha de merecer su mano?
pues no quiera Feliciano
que vuestra casa alborote,
que aunque pobre, tiene en dote
ser quien es, y yo su hermano.
Mi hermana ha de parecer,

porque en llegando á mi honor ,
 no hay hermosura , ni amor
 por quien le deje ofender :
 no he defendido muger
 con mas razon , en mi vida ;
 dámela , si eres servida ;
 basta que de mi adorada ,
 quedes , Leonarda , casada ,
 no doña Angela perdida .
 Mira tú si á tu hermosura
 igual respeto he guardado ,
 pues la espada no he sacado
 para hacer una locura :
 ¿ mi honor puesto en aventura ,
 y yo tan cuerdo y discreto ?
 pondré la furia en efecto ,
 aunque le pese á mi amor ,
 que no es bien perder mi honor ,
 por no perderte el respeto .

Leonarda.

Tente , espera , que no sé
 que pueda haberte ofendido ,
 Feliciano , y si esto ha sido
 satisfacerte podré ;
 yo misma te vengaré ,
 yo seré tuya , si quieres ;
 no te vayas , no te alteres ,
 Angela me toca á mi ,
 porque he aprendido de tí
 á defender las mugeres .
 Si yo soy tuya , no es bien
 que de mi hermano te quejes ;
 cuando la tuya le dejes .
 conmigo quedas tambien :
 seré tuya , aunque me den .

mil muertes; cierra los labios,
 mi bien, que los hombres sabios
 cuando se ven agraviar,
 aunque mueran por callar,
 no publican los agravios.
 A mi padre, al mundo, al cielo
 diré que soy tu muger.

Don Juan.

¿Martin, qué tengo de hacer
 entre tanto fuego y yelo?

Martin.

¿Qué puede darte rezelo
 en tanta seguridad?

Don Juan.

¿No sería necedad?

Martin.

No, sino razon prudente;
 que si alguna muger miente,
 veinte mil tratan verdad:
 aman, quieren y aventuran,
 cantan, bailan y entretienen,
 solicitan, van, y vienen,
 limpian, regalan, y curan;
 nuestro descanso procuran,
 por ellas hay tanta historia
 que guarda eterna memoria;
 la casa en que no hay muger,
 como limbo viene á ser,
 ni tiene pena ni gloria.
 Lisonja te hago en decir
 que las quieras, y las creas,
 porque yo sé que deseas
 honrarlas hasta morir:
 sin mugeres, no hay vivir,
 que aun Dios vió que convenia

el darle su compañía ,
 que el mas valiente que ves ,
 llora , en naciendo , á sus pies ,
 pensando que las perdia.

Don Juan.

Ahora bien , aunque no tenga
 en toda mi vida honor ,
 quiero que mi justo amor
 espada y mano detenga :
 don Pedro á casarse venga ;
 tu palabra quiero ver ,
 que si supe defender
 mugeres , en esta ofensa
 será la mayor defensa
 fiar mi honor de muger ;
 que solo su defensor
 aquel puede ser llamado :
 que su honor les ha fiado ,
 y su enemigo mayor
 quien no les fia su honor . :
 Yo pongo en ti mi esperanza ,
 que no es hacer confianza
 de mugeres principales ,
 que hacerlas todas iguales ,
 es la mas necia venganza :
 cuanto les debo me acuerdo ,
 puesto que conozco ya
 que algun maldiciente habrá
 que no me tenga por cuerdo :
 con justa causa me pierdo ,
 y me obligo á defendellas ;
 que mas quiero yo por ellas
 quedar contento de amallas ,
 y engañado por honrallas ,
 que libre por ofendellas.

Martin.

¿Puedé haber mayor valor?

Leonarda.

El verá si le hay en mi.

ESCENA X.

Leonarda , Rufina , Martin y Feliciano.

Feliciano.

¿Estaba don Juan a qui?

Leonarda.

Yo detuve su furor,
asegurando su honor
por escusarle la muerte.

Feliciano.

¿Cómo hablas de aquea suerte?

Leonarda.

¿Pues cómo tengo de hablarte;
si has querido aventurarte,
á infamarme y á perderte?

Feliciano.

¿Qué es lo que dice, Leonarda?

Leonarda.

Que por no verte perder
tengo de ser su muger.

Feliciano.

Lo mismo pretendo; aguarda.

Leonarda.

Ya la traicion te acobarda:
¿no era al principio mejor?
¿á un hombre de t. l. valor
á su hermana le has quitado,
habiéndote confiado
liberalmente su honor?

Feliciano.

¿Yó quitado? ¿estás en tí?

Leonarda.

Dí donde la tienes, presto.

Feliciano.

En tu aposento la he puesto;
desde entonces no la ví;
y sospechoso de mí,
don Juan se la habrá llevado;
y pues ya te has declarado,
yo le tengo en mi aposento,
porque solamente intento
verme de su hermana honrado.

Leonarda.

¿Tú has escondido á don Juan?

Feliciano.

En mi cuarto le he tenido,
y él á su hermana ha escondido,
porque á don Pedro te dan;
que ya juntándose están
sus deudos para venir
á casarse.

Leonarda.

Tú has de ir

á darle satisfacción.

Feliciano.

Antes de hacerle traicion,
quiero mil veces morir.

ESCENA XI.

Dichos menos Feliciano.

Leonarda.

¿Pues dí, Martín, á qué efecto
don Juan con esta mentira

culpa á mi hermano? ¿eso mira
 á mi defensa, y respeto?
 ¿cuál hombre noble y discreto,
 tal hubiera imaginado?
 ¿dónde, Martín, la has llevado?
 Tú la tienes, esto es cierto,
 y que ha de costarte muerto,
 la vida que me has quitado.

Martín.

Eso solo me faltaba.

Leonarda.

¿Dónde está? dímelo presto,
 que te sacaré los ojos
 si no me lo dices luego.

Martín.

Mira que nos ha engañado
 Feliciano, y que es enredo;
 que don Juan trata verdad.

Leonarda.

No lo creo:

Martín.

¿No lo creo?
 plegue á Dios si la he llevado,
 que vuelva á darme otro beso
 el mastin de la cocina,
 y que entre gatos y perros
 pase otra noche tan mala:
 pero déjame entrar dentro,
 que quiero hablar á don Juan.

Leonarda.

¿Qué fin tendrán mis sucesos?

ESCENA XII.

Leonarda, y don Antonio:

Don Antonio.

Paréceme que te burlas
 de mi obediencia y respeto;
 tres recados te he enviado,
 de que ya viene don Pedro;
 bien agradecida estás,
 que aun sus joyas no te has puesto:
 ¿Qué tristezas son, Leonarda,
 estas que afligen tu pecho?
 ¿no basta ser gusto mío?
 ¿no basta que yo lo quiero?
 ¿en qué andais los dos hermanos?
 ¿quereis acabarme presto?
 ¿No basta, que diga un padre,
 dada la palabra tengo?
 No ha menester una hija
 saber cuál hombre, cuál dueño
 su padre le quiere dar;
 que hay tal diferencia en esto,
 que ella escoge con los ojos,
 y él con el entendimiento:
 solo que te diga yo,
 que solo tu bien desco,
 cástate con quien halláres
 dentro de aquel aposento,
 basta para obedecerme,
 y para saber que acierto.

Leonarda.

Pues esa es tu voluntad,
 digo, señor, que obedezco.

ESCENA XIII.

Don Antonio, don Pedro y acompañamiento.

Don Pedro.

Vengo á servirte, y honrarme,
señor, con todos mis deudos:
dáme tus pies.

Don Antonio.

Con los brazos
sale á recibirte el pecho.

Don Pedro.

¿A dónde está Feliciano?
¡Qué poca ventura tengo!
¡No honrarme en esta ocasion!

Don Antonio.

Yo y Feliciano tenemos
cierto disgusto.

Don Pedro.

¿Soy yo
la causa? ¿no está contento
de ser mi cuñado? ¿ya
este nombre y parentesco
le ha quitado el de mi amigo?

Don Antonio.

Vais de la ocasion muy lejos:
héle escondido una dama,
y con este pensamiento
lo que siente por amor,
no lo diré por respeto.

Don Pedro.

¿Cómo no viene Leonarda?

Don Antonio.

Entremos en su aposento,
que ya debe de aguardar.

ESCENA XIV.

Don Antonio, don Pedro; y don Juan y Leonarda de las manos.

Don Antonio.

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?

Don Juan.

Es que estoy con mi muger
y de la mano la tengo.

Don Pedro.

Pues si la tienes casada,
¿cómo, don Antonio, has hecho
á un caballero esta burla?

Don Antonio.

¿Yo burla? viven los cielos
que ha de morir el traidor.

Leonarda.

Paso, señor, que no pienso
que se dejará matar,
y yo disculpada quedo,
pues me mandaste casar
con quien en este aposento
hallase; yo hallé á don Juan,
lo que mandaste obedezco.

Don Antonio.

¡Hay tal infidelidad! ¿Feliciano?
¿Feliciano?

Don Pedro.

Si don Pedro
es el agraviado, él basta.

Don Antonio.

¿Mi aposento me han abierto?

ESCENA XV.

Dichos, Feliciano y doña Angela de las manos.

Feliciano.

Abrile yo con razon,
las tiernas voces oyendo
que mi muger daba en él.

Don Antonio.

¿Qué muger? traidor, ¿qué has hecho?

Don Juan.

Siendo la muger mi hermana,
yo Castro y Portocarrero,
no hay que preguntar quien es.
Si la herida de don Diego
fué riñendo en ocasion,
como hourado caballero,
y él me pudo herir a mí,
bien sabeis que no le ofendo;
pero si estais ofendido.....

Don Pedro.

Señor don Juan, yo no siento
mas herida que perder
la esperanza y el deseo;
pero no se pierda todo:
dadme los brazos, que quiero
ser vuestro amigo y de todos.

Don Juan.

Honrad, señor, vuestro yerno,
que aunque pobre, tiene sangre
del conde de Andrada y Lemos.

Don Antonio.

Cien mil ducados de dote
os quiero dar, porque al Premio
del bien hablar demos fin.

Don Juan.

No le des, sin que primero
salgan Martin y Rufina.

ESCENA XVI.

Dichos, Martin y Rufina de las manos, vestidos de novios de graciosidad.

Martin.

Aquí, senado discreto,
están Rufina y Martin;
que nunca salgo de perros.

Rufina.

Yo he menester un padrino.

Martin.

A mis bodas, caballeros,
convido para mañana,
si no es que antes me arrepiento.

El Premio del Bien Hablar.

Aunque hay muchas comedias de Lope de mas artificio y efecto teatral que la presente, nos apresuramos á incluirla en nuestra Coleccion, por que está retratada en ella el alma de su autor, y respira por todas partes la bondad y nobleza de sentimientos que le eran naturales.

Pertenecia sin duda esponer el premio del bien hablar al hombre que no se cansó nunca de ensalzar el mérito ageno; y no debe estrañarse que aprovechase la ocasión de defender á las mugeres, aquel que no podia sufrir á los que las denigraban habiendo nacido de ellas. Este pensamiento que no se le caía de la boca á Lope, se halla espresado en la comedia desde el principio.

Que es honrar á las mugeres
deuda á que obligados nacen &c.

Así como en el segundo acto deja traslucir el poeta su aversion á los que regatean los saludos en aquellos graciosísimos versos que dice Martin

Randás y cambraycs vendo &c.,

No son menos apreciables los de la primera relacion de don Juan:

No salió muger de misa
aquien un don Diego, un aspid &c.

Y en general toda la comedia está escrita con

aquella elegante sencillez, que tan fácil parece de imitar, y sin embargo solo se encuentra en Lope.

Sobre todo los versos que manifiestan con mas evidancia el carácter noble y generoso de este poeta, son aquellos de ...

¿No es Leonarda discreta, no es hermosa?

¿Cómo discreta? Ciceron, Cervantes,
ni Juan de Mena, ni otro despues ni antes,
no fueron tan discretos ni entendidos.

y mas abajo.

Soneto de don Luis, Séneca nuevo &c.

Este don Luis es Góngora, que se encarnizó con Lope, envidioso de su fama; y quien la Providencia en castigo de su malignidad privó enteramente de su genio, siempre que trató de ofender á aquel; porque no se pueden imaginar unos versos mas pobres y faltos de gracia que los que su ruin pasion le sugeria.

En cuanto al inmortal autor del Quijote, pagó tambien el tributo á la humanidad insultando á Lope en un soneto, que en vano quieren algunos atribuir á otro. Y Lope se vengaba eternizando la discrecion y mérito de sus adversarios.

El de la comedia es particular, porque aunque su fábula es tan sencilla que desde las primeras escenas se vé el desenlace, está bien conducida y abunda de gracias tan amables y sentimientos tan bellos en boca de los interlocutores, que no es posible dejar de seguir los progresos de su accion con el mas vivo interés.

Rufina.

¿Y el no tiene hermana, alla?

Martin.

No, perra ;... perla, queria

decia &c.

Fingió que el animal, el que acobarda
mas las mugeres se atrevió á su frente.

Ya ves conque donaire fingiria
un miedo, que era entonces osadia &c.

No ha visto el mismo amor desde que miente
que desde que nació mentir sabia &c.

Dormía echado en el umbral del fuego
un mastin, que pudiera andar la noria ;
siento roncar, y paso á paso aplico
la humilde boca al temerario hocico.

¡Qué temerario!

Y el diálogo entre don Juan y Martin.

Don Juan.

¿No sería necesidad?

Martin.

No, sino razon prudente ;
que si alguna mnger miente
veinte mil tratan verdad &c.

Hasta que entra Feliciano.

Hay una escena de cuentos y acertijos, de la cual tomaría la suya Rojas en Garcia del Castañar ; y otros. La de Lope se hizo probablemente para llenar el acto.

Aunque la fábula, como hemos dicho, es sencilla hay en ella bastante enredo, tanto mas admirable cuanto que es muy natural y verosímil, y no nace

de equivocaciones. Leonarda y Feliciano ocultan sucesivamente á don Juan por recelos uno de otro; don Antonio oculta á Angela por una razon semejante; y de aquí nacen inquietudes y situaciones críticas para los enamorados, y mayor interes para los espectadores.

colorchecker classic

calibrite



mm